



–¿Qué te pondrás mañana en la noche?

De pie frente al espejo del baño escolar, Taylor peinaba sus imposibles rizos rubios.

–No sé. No lo he pensado –respondió de forma distraída; el cepillo se había quedado atrapado en un nudo y luchaba por liberarlo sin jalarse un mechón de cabello.

Esto sucedía todo el tiempo.

En más de una ocasión, había tenido que rescatar el cepillo con las tijeras y andar por ahí con un hueco en la cabeza durante semanas. Realmente, prefería evitar que eso ocurriera ahora.

En el espejo podía ver la expresión perpleja de su amiga.

–No sé cómo consigues hacerlo –expresó Georgie–. Ya tengo planeada toda mi ropa. Incluido el brillo de uñas: rosa marino.

–¿Rosa *marino*? –Taylor se rio–. Eso no tiene sentido. ¿Quién le pone a los esmaltes de uñas nombres tan estúpidos?

Por fin consiguió liberar el cepillo de un tirón. Miró el reflejo desconsolada. Su pelo parecía responder a una fuerza invisible que encrespaba los rizos justo frente a sus ojos. Era para enfurecerse. El cabello rubio debería ser lacio y sedoso. El suyo era un completo desastre.

Tras un suspiro, se rindió y metió el cepillo en su bolso.

–De todos modos solo es Tom. Ya sabe cómo luzco.

–Es típico cuidar lo que tu novio piensa de tu apariencia –repuso su compañera con tono santurrón.

Taylor no respondió. Como si tuviera tiempo de preocuparse por la ropa. Después de estudiar para sus cursos avanzados, de dar tutorías y de servir como voluntaria... no le quedaba tiempo para pensar en nada más. De hecho, ni siquiera asistiría a esa estúpida doble cita de no haberle prometido a su amiga que estaría ahí.

–Me pondré algo, Georgie –exclamó–. Lo juro.

–O podrías ir desnuda –sugirió la joven, admirando su perfecta piel morena en el espejo–. Serías famosa por siempre.

–¿Sabes? –se dirigió a la puerta–, por consejos como estos, voy con otras personas cuando tengo verdaderos problemas.

–Uh, Tay, me hieres –Georgie la siguió a la salida–. Ey, ¿aún vamos a estudiar esta noche, después de la cena? Tengo que hacer el ensayo de Historia...

–¿Y quieres que te lo escriba? –terminó la oración por su amiga.

Ella sonrió y los hoyuelos de sus mejillas se acentuaron.

–Si no estás muy ocupada.

Caminaron hacia el pasillo de la escuela, abarrotado por los estudiantes que se apresuraban a ir del comedor a su siguiente clase después del almuerzo.

Dos muchachos se golpearon al pasar y voltearon a ver si Georgie se había dado cuenta. Pero ella ni siquiera los miró.

–Idiota –le gritó uno de ellos al otro.

–Qué importa –respondió, y ambos se fueron por el pasillo.

Taylor vio de reojo a su amiga. Sabía que formaban una pareja extraña. La coleta de caballo oscura y brillante de su compañera se balanceaba con cada paso. Como siempre, lucía perfecta. Ella misma había modificado su atuendo: una blusa blanca escotada, cortada a la altura de la cintura, que enfatizaba su figura esbelta y la piel tersa, oscura como un café expreso. También, había acortado la falda plisada para exhibir mejor sus piernas largas.

La ropa de Taylor era mucho menos... bueno, menos. Su falda recta terminaba por debajo de las rodillas, lo que provocaba que sus piernas parecieran cortas; aunque, de cualquier modo, no eran largas como para lucirlas. Su blusa era demasiado holgada como para hacer algo con sus curvas que no fuese hacerla ver tosca.

El hecho era que no sabía hacer lo mismo que su compañera con la ropa. ¿Cómo hacer que su vestimenta fuera su amiga en lugar de su enemiga? Tan solo se vestía... y perdía las esperanzas.

Georgie quería trabajar en el mundo de la moda al terminar la escuela. Taylor quería ser arqueóloga. En apariencia tenían poco en común, pero por esa misma razón, cuando aquella llegó a la ciudad al terminar el noveno año, sencillamente se llevaron bien.

Desde entonces, Georgie evitaba que su amiga se perdiera demasiado en los libros. Y la muchacha rubia impedía que su compañera reprobara todo. Simplemente... funcionó.

–Sí –dijo Taylor sonriendo–. Aún estudiaremos en la noche.

–Señorita Montclair, ¿puedo hablar un momento con usted?

La voz nasal del señor Finlay llegó por detrás de ellas. Al darse la vuelta, la joven vio al profesor de Francés apresurarse hacia ella, con su cabello gris y tieso, despeinado, y la corbata completamente torcida. Parecía distraído.

La muchacha hizo una mueca de incomodidad que solo su amiga pudo ver.

Con un gesto solidario como respuesta, Georgie se confundió entre la multitud antes de quedar atada a una de las incoherentes conversaciones del profesor.

Taylor corrigió la expresión de su rostro antes de voltear de nuevo hacia el docente.

—¿Sí, señor Finlay?

Los jóvenes entraban en sus salones de clase como en un embudo. El pasillo se despejaba. Algunos estudiantes pasaban a toda velocidad, sus pasos estallaban en el suelo de linóleo, esperando evitar la última campanada.

—Señorita Montclair, me doy cuenta de que por el momento está ocupada con sus estudios y con sus otras admirables actividades... —el profesor sostenía en la mano un puñado de papeles arrugados. Taylor tenía la impresión de que el hombre había olvidado que los sujetaba—. Pero acaba de surgir la oportunidad de dar una tutoría.

La joven reprimió un suspiro interior. Estaba hasta el tope de trabajo y los profesores siempre le daban más cosas que hacer. Era como una conspiración educativa. Sin embargo, mantuvo su expresión neutral. Francés era una de sus mejores asignaturas.

—¿Es un nuevo estudiante?

—No exactamente —el profesor empujó los lentes con armazón de alambre por su nariz, con la mano que sostenía los papeles. Esto lo ayudó a recordar que existían y comenzó a consultarlos—. Lo tengo en algún lado. ¿Dónde está? Uh, sí —sujetó una hoja doblada y la agitó de modo triunfal—. Es un joven francés.

—¿Voy a darle tutoría a un francés sobre cómo hablar... —Taylor parpadeó— su propio idioma?

—Claro que no —la miró de reojo—. No tendría sentido. Le va a dar tutoría en inglés —el hombre desdobló la página—. Aquí está la información. Lo hará todo por Internet. Es un mundo moderno —por la forma de decirlo, ella tuvo la impresión de que el maestro no sabía qué era *Internet*—. Bien, señorita

Montclair –su tono cambió, se volvió más serio–. Necesitará ser sensible. Me dicen que el joven está pasando por un momento raro; algo relacionado con su padre –el hombre carraspeó como si lo incomodara incluso el menor indicio de emoción–. Como sea, está teniendo problemas. Necesita ayuda y que lo orienten. Estoy seguro de que manejará esto con aplomo.

Le entregó la página.

Taylor no tenía tiempo de enseñarle inglés a un francesito confundido. Pero tampoco podía negarse. Necesitaba buenas calificaciones en la asignatura y quería a Finlay de su lado.

De mala gana, tomó el papel arrugado de la mano del docente.

–Por favor, póngase en contacto con él esta noche –mientras hablaba, el profesor reanudó su distraído deambular por el pasillo–. Y si las calificaciones del joven mejoran, usted puede llevarse el crédito de ello. Oxford ve con gran generosidad este tipo de iniciativas...

Todos los maestros de Taylor sabían que tenía sus esperanzas puestas en ingresar a Oxford. Su abuelo era profesor en la institución. Desde que era pequeña, había sido su sueño estudiar con él.

La campana sonó en ese momento, sofocando cualquier cosa que Finlay tuviera que decir. El hombre giró en la esquina y desapareció en las profundidades de la escuela.

A la par que los pasillos se vaciaban, Taylor miraba fijamente la hoja de papel.

Había una palabra garabateada en la parte superior: “Sacha”.



En cuanto Taylor entró a casa después de la escuela, un terrier gris con blanco se abalanzó sobre ella. El can meneaba la cola frenéticamente y se restregaba contra las piernas de la joven, con su pelaje rizado, cálido y suave.

La muchacha dejó caer la mochila y acarició el lomo de la mascota.

–Ey, Fizz –canturreó–. Ey, Fizz peluda.

Contoneándose de alegría, la perra lamió la mejilla de su dueña, mientras ella la recogía y la cargaba hacia la cocina llena de luz.

Su madre seguía en el trabajo. Emily, su hermana menor, estaba ocupada con sus actividades extraescolares. Tenía la casa para ella sola.

Tras dar vuelta a los cerrojos de la puerta trasera, la abrió de un jalón, y sonrió cuando Fizz se precipitó a toda velocidad por el césped como una bala peluda.

Era un día cálido, así que dejó la puerta abierta mientras se servía un vaso de jugo de naranja y dejaba caer los libros en la vieja mesa de pino de la cocina. El papel arrugado cayó último y aterrizó encima de su libro de texto de Cálculo.

Taylor lo extendió y alisó las arrugas. Con un gesto severo, leyó de nuevo las palabras escritas en la caligrafía irregular del señor Finlay. El texto era escaso; tan solo los detalles más básicos. El profesor había dicho que el muchacho estaba pasando por un periodo difícil: “Algo acerca de su padre...”.

Una ola de empatía la tomó por sorpresa. Sintió pena por este joven francés desconocido. Algo malo debió ocurrir.

Fizz regresó del jardín y se enrolló alrededor de sus tobillos, jadeando contenta, antes de ir a acurrucarse en su canasta cerca del radiador.

Taylor abrió su laptop y tamborileó con los dedos mientras entraba al sistema. Por fin, apareció en la pantalla la fotografía de un faro.

Abrió un nuevo e-mail y copió la dirección que venía en el papel. Luego miró fijamente la pantalla en blanco durante un instante, antes de teclear con rapidez.

Estimado Sacha:

Mi nombre es Taylor Montclair. Soy una estudiante de Inglaterra. Mi profesor de Francés me dio tu nombre. Dice que voy a ser tu tutora de Inglés. Podemos empezar el domingo, si te conviene.

Creo que deberíamos empezar leyendo juntos un libro en inglés. ¿Hay algo que prefieras? Dentro de lo razonable, por supuesto.

Saludos cordiales,

Taylor Montclair

Cuando terminó, leyó de nuevo el correo, dándose golpecitos con la punta del dedo en los labios. Después se encogió de hombros y presionó “enviar”.



–Así que Georgie y yo vamos a ir a una doble cita el viernes. ¿Está bien?

Taylor habló con fuerza para ganarle al volumen chisporroteante de la freidora.

Ella y su hermana estaban sentadas a la mesa de la cocina. Su madre estaba cerca del horno. Aún llevaba puesta la falda y la blusa del trabajo, aunque había colgado el blazer en el respaldo de una silla y abandonado los tacones debajo de la mesa.

–Qué bien –respondió su madre, revisando el arroz–. ¿Va Tom y quién más?

–Su amigo Paul, de rugby –la joven frunció la nariz. Encontraba aburrido al muchacho, pero a Georgie la deslumbraban sus músculos.

–Quiero tener una doble cita –Emily suspiró al otro lado de la mesa, apoyando la cabeza en una mano.

Tenía 13 años y quería hacer todo lo que Taylor hacía.

–Puedes –respondió la hermana mayor–, dentro de tres años.

–Es demasiado –balbuceó la menor. Su cabello rubio y largo le caía sobre un hombro. A diferencia de los rizos rebeldes de la hermana, el cabello de Emily era abundante y lacio, como una lámina de oro. La injusticia de esa buena suerte genética enloquecía a Taylor.

Recargada contra la barra, la madre dio un sorbo a su copa de vino blanco. Hacía calor en la cocina y la condensación provocaba que la copa pareciera escarchada.

–De hecho, tienes mi permiso para salir en una cita doble cuando cumplas 15, Emily –anunció–. Así que solo debes esperar dos años.

Igual de rubia que sus hijas, la madre llevaba el cabello corto hasta el cuello, donde se rizaba apenas un poco.

–Y sí, Taylor, está bien. ¿Cómo está Tom? Últimamente no ha venido a estudiar contigo.

–Bien, supongo –se encogió de hombros sin darle importancia–. En este momento, estoy muy ocupada como para estudiar con él. Me retrasa.

–¿Está todo bien entre ustedes? –su madre le lanzó una mirada extraña.

–Sí –la voz de la joven adquirió un matiz defensivo–. Es solo que están pasando muchas cosas. Los exámenes. La vida.

–Bueno –la mujer comenzó a servir la comida en tres platos–. Siempre y cuando estés en casa a las doce, claro que puedes ir.

El teléfono de la adolescente zumbó. Agachó la mirada y vio que había recibido un nuevo e-mail. Era la respuesta de ese chico francés, Sacha.

–Nada de teléfonos en la mesa, Taylor –su madre la regañó mientras ponía el plato humeante frente a ella. El olor penetrante a salsa de soya llenó el ambiente.

Pero la joven apenas prestó atención; miraba fijamente el mensaje.

Ey. Gracias por el mail y todo eso, pero hablo perfectamente inglés, y en realidad no tengo tiempo para estas cosas.

Nos vemos. S

–Qué grosero –dijo Georgie, con el ceño fruncido–. ¿Dónde están sus *modales*? Creí que los franceses eran como... corteses.

Se encontraban estudiando en la habitación de Taylor. O por lo menos, ella lo hacía. Su amiga estaba estirada en la cama, viendo algo en su iPad, mientras ella, sentada en el escritorio, escribía el ensayo de Historia de Georgie.

–¡Ya sé! –la joven rubia seguía furiosa–. Qué idiota. No puedo creer que Finlay me haya hecho esto a mí.

Miró detenidamente su laptop, las palabras se volvían borrosas. Por alguna razón, la fría respuesta de Sacha realmente la hería. Toda la situación la sacaba de quicio.

–¿Qué vas a hacer?

–No tengo idea. Podría decirle a Finlay, pero me culparía por no haberme esforzado lo suficiente –exhaló largamente–. Creo que le escribiré otra vez al francesito y le rogaré que me permita ayudarle a estudiar. Porque no puedo meterme en problemas en esta estúpida clase –agregó, presionándose la punta de sus dedos–. Dios, lo odio. Está arruinando mi vida.

–Eh, eh. Dame tu teléfono –Georgie estiró la mano, sus uñas brillaban con destellos magenta.

–¿Por qué? –la miró con desconfianza.

–Vamos, Tay –la amiga doblaba y estiraba los dedos.

Indecisa, Taylor le entregó el aparato.

–Excelente –con calculada desenvoltura, Georgie abrió su e-mail y navegó en él–. ¿Es este de aquí? –sostuvo el teléfono para que la compañera pudiera ver la pantalla–. ¿Se llama Sacha?

Taylor asintió con la cabeza, poco convencida.

–¿Qué vas a hacer? No creo que...

–Le estoy enviando un mensaje –respondió, con el ceño fruncido mientras escribía.

–Uh, Georgie –se mordió el labio. Su amiga era mucho más franca que ella–. No le des importancia.

Pero la joven oprimió la opción de enviar y luego le devolvió el aparato, con sus ojos cafés desafiantes.

–Él lo volvió un problema cuando te escribió ese mensaje malintencionado. Nadie le habla a mi amiga de ese modo.

Buscando torpemente con las teclas, Taylor abrió el mensaje para ver lo que su compañera había escrito.

A pesar de todo, el texto que vio la hizo reír.

Hola, Sacha. Todo bien. Si quieres seguir siendo estúpido, no hay problema. Nos vemos. T

–Supongo que, ahora, nunca querrá que sea su tutora –la joven dejó caer el teléfono sobre el escritorio.

–Bien –la muchacha regresó a su lugar en la cama de su amiga.

Taylor volvió a su computadora. Se sentía bien hacerle frente al francés. O, por lo menos, dejar que Georgie lo hiciera por ella. Pero cuando trató de concentrarse en el ensayo de Historia, se preguntó cómo reaccionaría Sacha de que lo mandaran al diablo con tal sangre fría. Y también, si esas palabras llegarían de vuelta a Finlay.